

Nota a la primera edición: «Brighton Rock es un tipo de caramelo en forma de barra tan típico de los lugares de veraneo en Inglaterra como el tofe salado lo es en Estados Unidos. La palabra “Brighton” aparece en los extremos de la barra con independencia de por dónde se rompa».

Hale supo que querían asesinarlo cuando no llevaba ni tres horas en Brighton. Con sus dedos manchados de tinta, las uñas mordidas y su actitud cínica y nerviosa, cualquiera podía darse cuenta de que estaba fuera de lugar, de que no encajaba con el sol de principios de estío, el viento de Pentecostés que soplaba del mar o la multitud de veraneantes. Llegaban en tren desde Victoria cada cinco minutos, bajaban traqueteando por Queen's Road a bordo de la imperial de los pequeños tranvías locales, se apeaban en multitudes confusas bajo el aire fresco y brillante; en los muelles brillaba la nueva pintura plateada, las casas de color crema se extendían hacia el oeste como en una desvaída acuarela victoriana; una carrera de coches en miniatura, una banda que tocaba, jardines floridos en primera línea, un avión que anunciaba algo bueno para la salud con nubes claras y evanescentes en el cielo.

A Hale le había parecido facilísimo perderse en Brighton. Aparte de él, otras cincuenta mil personas habían ido allí a pasar el día, y durante un buen rato se dedicó a disfrutar del buen tiempo y a beber ginebra con tónica mientras su horario se lo permitió. Porque tenía que ceñirse estrictamente a su horario: de diez a once, Queen's Road y Castle Square; de once a doce, el Acuario y el muelle del Palace; de doce a una, el paseo marítimo

entre el Old Ship y el muelle del Oeste; de vuelta para comer, entre la una y las dos, en cualquier restaurante de las cercanías de Castle Square, y luego tenía que bajar por el paseo hasta el muelle del Oeste y volver a la estación por las calles de Hove. Estos eran los límites de su absurda y muy pregonada ronda.

Anunciado en todos los carteles del *Messenger*: «Kolley Kibber, hoy en Brighton». En el bolsillo llevaba un mazo de tarjetas para dejarlas en sitios ocultos a lo largo de su ruta: quienes las encontraran recibirían diez chelines del *Messenger*, pero el primer premio estaba reservado para quienquiera que abordara a Hale con las palabras adecuadas y un ejemplar del *Messenger* en la mano: «Usted es el señor Kolley Kibber. Reclamo el premio del *Daily Messenger*».

Ese era el trabajo de Hale, hacer su ronda, hasta que alguien lo liberase, en todas las ciudades costeras, una detrás de otra: ayer Southend, hoy Brighton, mañana...

Apuró la ginebra con tónica a toda prisa cuando el reloj dio las once y salió de Castle Square. Kolley Kibber siempre jugaba limpio, siempre llevaba el mismo tipo de sombrero que en la fotografía publicada por el *Messenger*, siempre era puntual. El día anterior, en Southend, nadie lo había identificado: al periódico le gustaba ahorrarse unas guineas de vez en cuando, pero no muy a menudo. Hoy, su deber, y también su inclinación, era que alguien lo identificara. Tenía motivos para no sentirse demasiado seguro en Brighton, ni siquiera entre la muchedumbre el día de Pentecostés.

Se apoyó en la barandilla cerca del muelle del Palace y mostró su rostro a la multitud que se desenrollaba como un cable de alambre retorcido y pasaba incesantemente de largo, de dos en dos, todos con un aire de sobria y decidida alegría. Habían aguantado de pie todo el viaje desde Victoria en vagones abarrotados, tendrían que hacer cola para comer; a media noche, medio dormidos, volverían en tren a las calles estrechas y los pubs cerrados y la fatigosa caminata hasta llegar a casa. Con

inmenso esfuerzo e inmensa paciencia extraían una pizca de placer del largo día: el sol, la música, los golpes de los coches de choque, el tren del terror que traqueteaba entre los esqueletos sonrientes bajo el paseo del Acuario, las barras de caramelo con la palabra «Brighton», las gorras de marinero de papel.

Nadie prestó la menor atención a Hale; nadie parecía llevar un ejemplar del *Messenger*. Dejó con cuidado una de sus tarjetas encima de una cestita y siguió andando, con las uñas mordidas y los dedos manchados de tinta, solo. No reparó en su soledad hasta después de la tercera ginebra; hasta entonces, había despreciado a la multitud, pero luego sintió el vínculo que lo unía a ella. Había salido de las mismas calles, pero tener un sueldo mejor le condenaba a fingir querer otras cosas; y todo el tiempo lo atraían los muelles y los espectáculos eróticos. Quería volver pero lo único que podía hacer era cargar con su desprecio por el paseo marítimo, la marca de la soledad. En algún lugar que no alcanzaba a ver, una mujer cantaba: «Cuando llegué de Brighton en tren», una voz profunda y cervecera, una voz que salía de una taberna. Hale entró en el salón privado y contempló sus grandes y generosos encantos a través de dos barras y una separación de cristal.

No era vieja, tendría entre treinta y cuarenta años, y solo estaba un poco borracha de manera cordial y complaciente. Al verla, pensabas en bebés lactantes, pero si los había tenido no había dejado que la marchitaran: se cuidaba. Se notaba en el lápiz de labios y en la confianza de su cuerpo robusto. Iba tapada, pero no era descuidada: conservaba sus curvas para aquellos a quienes les gustasen las curvas.

A Hale le gustaban. Era un hombre menudo y la observaba, libidinoso, por encima de los vasos vacíos en el escurridor de plomo, por encima de los grifos de cerveza y entre los hombros de los dos camareros.

—Cántanos otra, Lily —dijo uno de ellos.

Y la mujer empezó: «Una noche, en un callejón, lord Roths-

child me dijo...». Nunca cantaba más que unos versos. Tenía demasiadas ganas de reírse y no le daba una oportunidad a su voz, pero su memoria para las baladas era inagotable. Una de ellas Hale no la había oído nunca; se llevó el vaso a los labios y la observó con nostalgia; había vuelto a empezar una canción que debía de remontarse a la época de la fiebre del oro en Australia.

—Fred —dijo una voz detrás de él—, Fred.

La ginebra de Hale se derramó sobre la barra. Un muchacho de unos diecisiete años lo observaba desde la puerta: traje raído y elegante, la tela demasiado fina por el uso, el rostro de una intensidad famélica y una especie de orgullo espantoso y antinatural.

—¿A quién llamas Fred? —preguntó Hale—. Yo no soy Fred.

—Da igual —dijo el chico. Se volvió hacia la puerta y siguió mirando a Hale por encima del hombro escuálido.

—¿Dónde vas?

—Tengo que avisar a tus amigos —dijo el chico.

Estaban solos en el salón excepto por un viejo conserje, que dormitaba al lado de una pinta de cerveza suave.

—Oye —dijo Hale—, tómate una copa. Ven aquí, siéntate y tómate una copa.

—Tengo que irme —dijo el chico—. Sabes que no bebo, Fred. Se te olvidan mucho las cosas, ¿no?

—Por tomar una copa no te pasará nada. Un refresco.

—Tendrá que ser algo rápido —dijo el muchacho.

Observaba constantemente a Hale, con atención y sorpresa, como miraría un cazador que buscara por la selva a un animal semifabuloso, al leopardo manchado o al elefante pigmeo, antes de matarlo.

—Un zumo de pomelo —dijo.

—Vamos, Lily —imploraron las voces en el bar—. Cántanos otra, Lily.

El chico apartó por primera vez los ojos de Hale y miró a través de la separación de cristal los grandes pechos y su generoso encanto.

—Un whisky doble y un zumo de pomelo —dijo Hale.

Los llevó a la mesa, pero el chico no le siguió. Estaba mirando a la mujer con una expresión de aversión furiosa. Hale sintió como si el odio se hubiese aflojado, igual que unas esposas, para apretarse en torno a las muñecas de otro. Intentó bromear:

—Un alma alegre.

—Alma —dijo el chico—. ¿Qué derecho tienes tú a hablar de almas?

Volvió a concentrar su odio en Hale y se bebió el zumo de pomelo de un solo trago.

Hale dijo:

—Solo he venido por trabajo. Un día nada más. Soy Kolley Kibber.

—Eres Fred —dijo el chico.

—De acuerdo —dijo Hale—. Soy Fred. Pero tengo una tarjeta en el bolsillo por la que te darán diez chelines.

—Sé lo de las tarjetas —dijo el chico.

Tenía la piel pálida y suave, un poco de vello y los ojos grises, con un aire despiadado como los ojos de un viejo de los que hubiera desaparecido todo rastro de humanidad.

—Lo hemos leído todo —añadió— en el periódico de esta mañana.

Y soltó una risita como si hubiese entendido de pronto un chiste verde.

—Llévate una —dijo Hale—. Mira, toma este ejemplar del *Messenger*. Lee lo que dice ahí. Puedes llevarte el premio gordo. Diez guineas —dijo—. Basta con que envíes este formulario al *Messenger*.

—O sea que no te confían el dinero —dijo el chico.

En el bar, Lily empezó a cantar: «Nos vimos entre la multitud y pensé que me daría esquinazo».

—Dios —exclamó el chico—, ¿es que nadie le va a callar la boca a esa furcia?

—Te daré cinco libras —dijo Hale—. No llevo nada más. Eso y el billete de vuelta.

—No vas a necesitarlo —replicó el chico.

—«Llevaba mi vestido de novia y me quedé aún más blanca.»

El chico se levantó furioso y, dejándose llevar por un exasperado ataque de odio —¿por la canción, por el hombre?—, estampó el vaso vacío contra el suelo.

—El caballero lo pagará —le dijo al camarero, y salió decidido por la puerta abatible del salón privado.

Entonces fue cuando Hale comprendió que querían asesinarlo.

La siguiente vez que nos vimos
llevaba una guirnalda de flores de azahar;
la expresión de su gesto
era más pensativa que antes.

El conserje siguió durmiendo y Hale observó a Lily desde el salón vacío y elegante. Sus grandes pechos se marcaban a través del vestido veraniego fino y vulgar, y pensó: «Tengo que irme de aquí, tengo que irme»; la observó con tristeza y desesperación, como si observara la vida misma en el bar. Pero no podía irse: tenía que hacer su trabajo; en el *Messenger* eran muy quisquillosos, era un buen periódico donde trabajar, y una leve chispa de orgullo se encendió en el corazón de Hale cuando pensó en el largo peregrinaje que tenía a su espalda: cuando vendía periódicos en las esquinas, los cinco años de reportero en Sheffield por treinta chelines a la semana en un periódico local con una tirada de diez mil ejemplares. Que le partiese un rayo, se dijo con el valor momentáneo que le prestó otro whisky, si iba a dejar que esa pandilla lo atemorizase y se quedara sin trabajo. ¿Qué podían hacerle mientras hubiese gente a su alrededor? No tenían valor para matarlo en pleno día delante de testigos... Estaba a salvo con los cincuenta mil veraneantes.

—Ven aquí, corazón solitario.

Al principio no reparó en que le estaba hablando a él, hasta que vio que todas las caras del bar le sonreían, y de pronto

pensó en lo fácil que sería para esos pandilleros atraparlo con la única compañía del conserje. No hacía falta salir para llegar al bar, bastaba con describir un semicírculo pasando por tres puertas y por el salón «Solo para señoras».

—¿Qué quieres beber? —preguntó, acercándose a la mujerona con anhelante gratitud.

«Podría salvarme la vida —pensó—, si me dejara quedarme con ella.»

—Tomaré un oporto —respondió ella.

—Un oporto —pidió Hale.

—¿Tú no quieres uno?

—No —dijo Hale—, ya he bebido bastante. No quiero quedarme adormilado.

—¿Por qué no, si estamos de vacaciones? Tómate una Bass* a mi cuenta.

—No me gusta la Bass.

Miró su reloj. Era la una en punto. Repasó el programa en su imaginación. Tenía que dejar tarjetas en cada barrio: así era como lo controlaba el periódico y se aseguraba de que no se escaquease.

—Ven conmigo a comer alguna cosa —le imploró.

—Oíd esto —les gritó ella a sus amigos. Su risa aguardentosa llenó el bar—. No le falta frescura, ¿eh? No me fío de mí misma.

—No vayas, Lily —le dijeron—. No es de fiar.

—No me fío de mí misma —repitió ella, guiñando un ojo bovino y cordial.

Hale sabía que había una manera de hacer que lo acompañara. En otros tiempos había sabido cuál. Cuando ganaba treinta chelines a la semana había sabido cómo hacer que se sintiera cómoda; había sabido la frase indicada, la broma apropiada, para separarla de sus amigos, para hacerse el simpático en una cafetería.

* Una marca de cerveza inglesa. [Todas las notas, salvo indicación expresa de lo contrario, son del traductor.]

Pero había perdido práctica. No supo qué decirle; solo acertó a repetir:

— Ven a comer conmigo.

— ¿Y dónde iremos, sir Horace? ¿Al Old Ship?

— Sí —dijo Hale—. Si quieres. Al Old Ship.

— ¿Lo habéis oído? —les dijo a los del bar, a las dos ancianas de sombrero negro que había en el reservado para señoras, al jubilado que dormía solo en el salón privado y a su media docena de amigos—. Este caballero me ha invitado al Old Ship —dijo con voz burlona y refinada—. Mañana iría encantada, pero hoy tengo una cita en el Dirty Dog.

Hale se volvió impotente hacia la puerta. El chico, pensó, aún no habría tenido tiempo de avisar a los otros. Estaría a salvo a la hora de comer; lo que más temía era la hora que tendría que pasar después de comer. La mujer dijo:

— ¿Te encuentras mal o qué?

Hale volvió la mirada hacia los grandes pechos; ella era como la oscuridad para él, un refugio, el conocimiento, el sentido común; se le encogió el corazón al pensarlo; pero en sus huesos roídos, cínicos y manchados de tinta volvió a asomar, burlón, el orgullo: «Vuelta al útero..., será una madre para ti..., ya no tendrás que estar solo».

— No —dijo—, no me encuentro mal. Estoy bien.

— Estás raro —dijo en tono preocupado y amistoso.

— Estoy bien —repitió él—. Solo tengo hambre.

— ¿Por qué no picas algo aquí? —dijo la mujer—. Podrías prepararle un sándwich de jamón, ¿verdad, Bill?

El camarero respondió que sí, que podía prepararle un sándwich de jamón.

— No —dijo Hale—. Tengo que irme.

Se marchó. Al paseo marítimo, mezclándose lo más deprisa posible con la afluencia de la multitud, mirando a izquierda y derecha, y por encima de los hombros.

No vio ninguna cara conocida por ninguna parte, pero eso no

le alivió. Había pensado que podría estar a salvo perdiéndose entre la muchedumbre, pero ahora la gente le parecía un bosque espeso en el que un indígena podía preparar su venenosa emboscada. No podía ver más allá del hombre con pantalones de franela que tenía delante y, al volverse, su vista quedó bloqueada por una blusa de brillante color escarlata. Tres ancianas pasaron en una calesa descubierta: el rumor de los cascos del caballo se desvaneció como la paz. Así vivían, aún, algunas personas.

Hale cruzó la calle y se apartó del paseo marítimo. Allí había menos gente, podía andar más deprisa y llegar más lejos. Estaban bebiendo cócteles en la terraza del Grand, el delicado pastiche de un parasol victoriano retorció sus cintas y sus flores al sol, y un hombre que parecía un estadista jubilado, con el pelo cano, la piel empolvada y unas anticuadas antiparras, dejaba discurrir la vida con naturalidad, muy digno, mientras bebía un jerez. Por las escaleras del Cosmopolitan bajaba una pareja de mujeres con peinados llamativos y abrigos de armiño y las cabezas muy juntas como dos loros, intercambiando estridentes confidencias. «“Cariño”, le dije con mucha calma, “si no conoces la permanente Del Rey, solo puedo decir que...”», y se mostraron las uñas pintadas y soltaron una carcajada. Por primera vez en cinco años, Kolley Kibber iba con retraso. Al pie de las escaleras del Cosmopolitan, a la sombra que arrojaba el extraño y enorme edificio, recordó que los de la banda habían comprado el periódico. No les había hecho falta vigilar el pub: sabían dónde encontrarlo.

Un policía a caballo llegó calle arriba: el bayo bien cuidado andaba con delicadeza sobre los adoquines calientes, como el juguete caro que un millonario compra para sus hijos; el acabado era admirable, el cuero reluciente, oscuro como el tablero de una mesa de caoba antigua, la placa, brillante y plateada; a nadie se le ocurría que el juguete fuese para utilizarlo. A Hale no se le ocurrió, al ver pasar al policía; no podía recurrir a él. De pie en el bordillo había un hombre vendiendo objetos en

una bandeja; había perdido toda una parte de cuerpo: la pierna, el brazo y el hombro; y el precioso caballo, al pasar a su lado, apartó la cabeza con tanta delicadeza como una viuda.

—Cordones para zapatos —le dijo sin demasiadas esperanzas el hombre a Hale—, cerillas. —Hale no le oyó—. Cuchillas de afeitar.

Hale pasó de largo, las palabras se alojaron en su cerebro: la idea de la fina herida y la agudeza de la agonía. Así era como habían matado a Kite.

Veinte metros calle abajo vio a Cubitt. Cubitt era un hombre-tón con el pelo rojo cortado a cepillo y pecas. Vio a Hale, pero no dio muestras de reconocerlo; se apoyó como si tal cosa en un buzón y lo observó. Llegó un cartero a recoger el correo y Cubitt se apartó. Hale lo vio bromear con el cartero, que se rio y llenó la saca mientras Cubitt desviaba continuamente la vista hacia la calle, esperando a Hale. Hale sabía con exactitud lo que haría; los conocía muy bien a todos; Cubitt era lento y cordial con él. Lo tomaría del brazo y se lo llevaría a donde quisiera que fuese.

Pero el viejo orgullo insistió, un orgullo del intelecto. Estaba muerto de miedo, pero se dijo: «No voy a morir». Bromeó sin convencimiento: «No soy carne de primera plana». Esto era lo real: las dos mujeres subiendo a un taxi, la banda tocando en el muelle del Palace; la palabra «píldoras» desvaneciéndose en humo blanco en el cielo limpio y claro; y no el pelirrojo Cubitt esperando al lado del buzón. Hale volvió a desviarse, cruzó la calle y retrocedió hacia el muelle del Oeste andando deprisa. No estaba huyendo, tenía un plan.

Lo único que tenía que hacer, se dijo, era encontrar una chica; debía de haber cientos esperando que alguien las abordara en un día de Pentecostés, las invitara a una copa y las llevara a bailar a Sherry's y luego a casa, borrachas y cariñosas en el pasillo del vagón. Era lo mejor: tener siempre un testigo cerca. De nada serviría, aunque su orgullo se lo hubiese permitido, ir a la estación. Seguro que estarían vigilándola, y siempre es fácil

matar a un hombre solo en una estación de tren: no tenían más que rodearlo a la puerta del vagón o liquidarlo entre la multitud a la entrada; la banda de Colleoni había matado a Kite en una estación. A lo largo de todo el paseo marítimo había chicas sentadas en tumbonas que se alquilaban por dos peniques, esperando que alguien las abordara, todas las que no habían ido con el novio: oficinistas, dependientas, peluqueras; se reconocía a las peluqueras por sus permanentes nuevas y atrevidas, por sus cuidadas manicuras; todas se habían quedado hasta tarde en la peluquería la noche anterior, peinándose unas a otras hasta la medianoche. Ahora estaban impecables y adormiladas al sol.

Delante de las tumbonas, los hombres paseaban en grupos de dos y de tres; era el primer día que se ponían el traje de verano, pantalones de color gris plata con la raya marcada como un cuchillo y camisas elegantes: no parecía que les importara gran cosa conseguir una chica o no, y Hale se mezcló con ellos con su traje raído, su corbata fina, su camisa de rayas y sus manchas de tinta, diez años más viejo, y desesperado por conseguir una chica. Les ofrecía cigarrillos y ellas lo miraban como duquesas de ojos grandes y fríos, y le decían: «No fumo, gracias», y veinte metros por detrás, no le hacía falta volver la cabeza para saberlo, estaba Cubitt.

Eso hacía que la actitud de Hale fuese extraña. No podía evitar mostrar su desesperación. Cuando se iba, oía a las chicas reírse de él, de su ropa y de su forma de hablar. Hale tenía una profunda humildad: su orgullo era solo profesional, no le gustaba lo que veía en el espejo, sus piernas huesudas y el pecho hundido, y vestía con descuido como una señal, una señal de que no esperaba que ninguna mujer se interesase por él. Ahora dejó a las guapas y elegantes, y buscó, angustiado, alguna lo bastante vulgar para alegrarse incluso de recibir sus atenciones.

«Sin duda, esta chica», pensó mientras sonreía con ansiosa esperanza a una criatura gorda y granujenta vestida de rosa cuyos pies apenas rozaban el suelo. Se sentó en una tumbona

vacía a su lado y contempló el mar lejano al que nadie prestaba atención y que se enroscaba en torno a los pilotes del muelle del Oeste.

—¿Un cigarrillo? —dijo al cabo de un rato.

—No te diría que no —respondió. Sus palabras sonaron dulces, como un indulto—. Se está bien aquí —añadió la gorda.

—¿Has venido de la ciudad?

—Sí.

—Bueno —dijo Hale—, no irás a pasarte aquí sola todo el día, ¿no?

—No lo sé —dijo la chica.

—Se me había ocurrido que podríamos ir a comer algo, y luego podríamos...

—¿Nosotros? —lo interrumpió la chica—; vaya un descarado.

—Bueno, no irás a pasarte aquí todo el día, ¿verdad?

—¿Quién ha dicho que vaya a hacerlo? —respondió la gorda—. Eso no quiere decir que vaya a ir contigo.

—Ven a tomar una copa y lo hablamos.

—No me importaría —dijo la chica abriendo una polvera y tapándose un poco más los granos.

—Pues ven —dijo Hale.

—¿Tienes algún amigo? —preguntó la chica.

—Estoy solo —respondió Hale.

—Entonces no puedo —dijo la chica—. Imposible. No podría dejar sola a mi amiga.

Y por primera vez Hale vio, en la tumbona de atrás, a una criatura pálida y exangüe que esperaba con avidez su respuesta.

—Pero ¿te gustaría venir? —suplicó Hale.

—Sí, claro, pero no puedo.

—A tu amiga no le importará. Encontrará a alguien.

—No, claro que no. No puedo dejarla sola.

Se quedó contemplando el mar, impassible y pálida.

—A ti no te importaría, ¿verdad? —Hale se inclinó e imploró a la imagen exangüe, que soltó una risa chirriante y avergonzada.

—No conoce a nadie —dijo la gorda.

—A alguien encontrará.

—¿Tú crees, Delia?

La joven pálida acercó la cabeza a la de su amiga y las dos conversaron; de vez en cuando, Delia lanzaba un chillido.

—Entonces ¿está decidido? —preguntó Hale—, ¿te vienes?

—¿No podrías encontrar a un amigo?

—No conozco a nadie aquí —dijo Hale—. Ven. Te llevaré a comer donde quieras. Lo único que quiero —esbozó una sonrisa desdichada— es que vayamos juntos.

—No —dijo la gorda—. No puedo, sin mi amiga no.

—Bueno, pues venid las dos —dijo Hale.

—No será muy divertido para Delia —objetó la gorda.

Les interrumpió la voz de un muchacho.

—Conque estás aquí, Fred —dijo.

Hale alzó la vista y vio los ojos grises e inhumanos de diecisiete años.

—¡Caramba! —chilló la gorda—, y decía que no tenía amigos.

—No hay que creer lo que diga Fred —dijo la voz.

—Ahora sí que podemos ir —dijo la gorda—. Esta es mi amiga Delia. Yo me llamo Molly.

—Encantado —dijo el chico—. ¿Dónde vamos, Fred?

—Tengo hambre —dijo la gorda—. ¿Tú no, Delia?

Y Delia chilló y se retorció.

—Conozco un buen sitio —dijo el chico.

—¿Preparan fruta con helado?

—La mejor —le aseguró, con su voz seria e inexpresiva.

—Eso es lo que me apetece, fruta con helado. Delia prefiere un Banana Split.

—Vámonos, Fred —dijo el chico.

Hale se puso en pie. Le temblaban las manos. Esto era ahora lo real: el chico, el corte con la cuchilla, la vida que se escapaba dolorosamente con la sangre; y no las tumbonas ni las olas, ni los coches en miniatura tomando la curva en el muelle del

Palace. El suelo se movió bajo sus pies, y solo pensar en dónde lo llevarían si quedaba inconsciente impidió que se desmayara. Pero, incluso entonces, el orgullo, el instinto de no hacer una escena siguió siendo abrumadoramente fuerte; la vergüenza era más intensa que el terror, le impedía gritar su miedo en voz alta, incluso lo impulsaba a ir sin rechistar. Si el chico no hubiese vuelto a hablar, tal vez habría ido.

—Será mejor que nos vayamos, Fred.

—No —dijo Hale—. Yo no voy. No lo conozco. No me llamo Fred. No lo he visto en mi vida. Es un caradura.

Y se alejó a toda prisa, con la cabeza gacha, sin esperanza: no quedaba tiempo; solo quería seguir andando, seguir fuera bajo el sol..., hasta que oyó a lo lejos, en el paseo marítimo, la voz aguardentosa de una mujer cantando sobre una novia, ramos nupciales, lirios y guirnaldas mortuorias, una balada victoriana, y fue hacia ella como quien lleva mucho tiempo perdido en el desierto y se dirige hacia el resplandor del fuego.

—Caramba —dijo ella—, pero si es el corazón solitario. —Y para sorpresa de Hale, estaba sola entre varias tumbonas vacías—. Han ido al lavabo de caballeros —dijo.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Hale. Su voz sonó entrecortada de alivio.

—Si tiene dos peniques —respondió ella—. Yo no los tengo. —Se echó a reír y sus grandes pechos se marcaron contra el vestido—. Alguien me ha robado el bolso —dijo—. Hasta el último penique. —Él la miró, perplejo—. ¡Ah! —continuó ella—, y eso no es lo más gracioso. Lo mejor son las cartas. Podrán leer todas las cartas de Tom. ¡Con lo apasionadas que eran! Tom se pondrá furioso cuando se entere.

—Necesitará usted dinero —dijo Hale.

—Bah —dijo—, no me preocupo. Algún alma caritativa me prestará diez chelines cuando salgan del lavabo de caballeros.

—¿Son amigos suyos? —quiso saber Hale.

—Los he conocido en el pub —respondió ella.

—¿Usted cree —preguntó Hale— que van a volver?

—Caramba —replicó ella—, ¿usted no? —Miró hacia el paseo, luego a Hale y volvió a reírse—. Usted gana, me han tomado el pelo. Pero solo había diez chelines y las cartas de Tom.

—¿Querrá venir a comer conmigo ahora? —preguntó Hale.

—He picado algo en el pub —dijo—. Me invitaron ellos, así que al menos he sacado algo de mis diez chelines.

—Coma algo más.

—No, no tengo más hambre —replicó, y recostándose en la tumbona con la falda subida hasta las rodillas para mostrar las bonitas piernas, con un aire de suntuosidad procaz añadió—: ¡Menudo día! —Volvió a mirar hacia el mar brillante—. Da igual —dijo—, desearán no haber nacido. No me rindo fácilmente cuando están en juego mis derechos.

—¿Se llama usted Lily? —preguntó Hale.

Había perdido de vista al chico: había desaparecido; Cubitt había desaparecido. Por lo que podía ver, no había nadie conocido.

—Así me llaman ellos —respondió ella—. Mi verdadero nombre es Ida. —El nombre griego, antiguo y vulgarizado, recobró un poco de dignidad. Luego añadió—: Tiene mal aspecto, debería ir a comer algo.

—Solo si viene usted conmigo —dijo Hale—. Lo único que quiero es quedarme aquí con usted.

—Vaya, bonitas palabras —replicó ella—. Ojalá Tom pudiera oírle...; es muy apasionado cuando escribe, pero cuando se trata de hablar...

—¿No quiere casarse con usted? —preguntó Hale.

La mujer olía a jabón y a vino, a consuelo y a paz y a un deleite físico lento y soñoliento; un no sé qué de niñera y de madre salió de su boca ebria, de sus magníficos pechos y piernas, y llegó al cerebro marchito y asustado de Hale.

—Estuvimos casados —dijo Ida—. Pero no supo la suerte que tenía. Ahora quiere volver. Tendría que ver sus cartas, se las enseñaría si no me las hubiesen robado. Debería darle vergüen-

za —se rio complacida— escribir esas cosas. Ni se lo imagina. Y era un tipo muy tranquilo. En fin, siempre he dicho que es divertido estar viva.

—¿Le dejará volver con usted? —quiso saber Hale, mirando desde el valle de las sombras, con envidia y amargura.

—No creo —dijo Ida—. Lo tengo calado. No habría nada de emoción. Si quisiera un hombre, ahora podría encontrar algo mejor. —No estaba siendo jactanciosa; solo se sentía feliz y un poco achispada—. Podría casarme con algún ricacho, si quisiera.

—¿Y de qué vive ahora? —preguntó Hale.

—Hago lo que puedo para ir tirando —respondió ella, y le guiñó un ojo e hizo un gesto de levantar una copa—. ¿Cómo se llama usted?

—Fred.

Lo dijo mecánicamente: era el nombre que daba siempre a los desconocidos; por algún oscuro motivo ocultaba su propio nombre, Charles. Desde pequeño le gustaban los secretos, los escondrijos, la oscuridad; pero en esa oscuridad había conocido a Kite, al chico, a Cubitt, a toda la banda.

—¿Y de qué vive usted? —le preguntó alegremente.

A los hombres siempre les gustaba hablar de eso, y a ella le gustaba escuchar. Había acumulado un montón de vivencias masculinas.

—De las apuestas —respondió él, a modo de evasiva.

—A mí también me gustan las emociones. ¿No podría darme algún pronóstico para las carreras de Brighton del sábado?

—*Black Boy* —dijo Hale—, en la de las cuatro en punto.

—Está veinte a uno.

Hale la miró con respeto.

—Lo toma o lo deja.

—Lo tomaré —dijo Ida—. Siempre acepto un pronóstico.

—¿Le da igual quién se lo dé?

—Es mi sistema. ¿Estará usted allí?

—No —dijo Hale—, no puedo.

Le puso la mano en la muñeca. No iba a correr más riesgos. Le diría al director del periódico que se había puesto enfermo; dimitiría; haría cualquier cosa. La vida estaba aquí, a su lado, no iba a jugar con la muerte.

—Venga conmigo a la estación —dijo—. Vuélvase a la ciudad conmigo.

—¿En un día como este? —dijo Ida—. No seré yo. Lleva usted demasiado tiempo en la ciudad. Parece hartado de todo. Un poco de aire en el paseo marítimo le sentará bien. Además, hay muchas cosas que quiero ver. Quiero ver el Acuario y Black Rock y hoy aún no he estado en el muelle del Palace. Siempre hay cosas nuevas en el muelle del Palace. He venido a divertirme un poco.

—Haremos todo eso y luego...

—Cuando haya aprovechado el día —dijo Ida—. Quiero que sea un día memorable. Ya se lo he dicho, no me rindo fácilmente.

—No me importa —dijo Hale—, si se queda conmigo.

—Bueno, el bolso no me lo va a robar —dijo Ida—. Pero le advierto que me gusta gastar. No me contento con una anilla aquí y un disparo allá: quiero probarlo todo.

—De aquí al muelle del Palace hay una caminata muy larga —dijo Hale—. Será mejor tomar un taxi.

Pero no le tiró los tejos enseguida a Ida en el taxi, apretados allí los dos, con la mirada puesta en el paseo: no había ni rastro de Cubitt ni del chico en el día luminoso que pasaba por la ventanilla. Se volvió a regañadientes, e intuyendo sus pechos grandes y amistosos, apretó la boca contra la de ella y notó el sabor a vino de oporto en la lengua, y vio, en el espejo retrovisor, el viejo Morris de 1925 que les seguía, con la capota rasgada y aleteando, el parachoques abollado, y el parabrisas rajado y descolorido. Lo observó con la boca en la de ella, temblando contra ella mientras el taxi se abría paso despacio a lo largo del paseo.

—Déjame respirar —dijo ella por fin, apartándolo y colocándose el sombrero—. Creéis en el trabajo duro —dijo—. Los

tipos menudos... —Notó que Hale tenía los nervios de punta y le gritó por el tubo al conductor—: No pare, dé la vuelta y luego vuelva otra vez.

Parecía un hombre febril.

—Estás enfermo —le dijo—. No deberías estar solo. ¿Qué te pasa?

Hale no pudo disimular.

—Voy a morir, tengo miedo.

—¿Has ido a ver a un médico?

—No sirven para nada. No pueden hacer nada.

—No deberías estar solo —dijo Ida—. ¿Te lo han dicho...? Quiero decir los médicos.

—Sí —dijo él, y volvió a poner la boca sobre la de ella porque, mientras la besaba, podía ver en el espejo el viejo Morris traqueteando detrás de ellos por el paseo.

Ella volvió a apartarlo, pero siguió abrazándolo.

—Qué locura. No estás tan enfermo. No irás a decirme que no lo notarías si estuvieses tan enfermo —dijo—. No me gusta ver a nadie tirar así la toalla. Si resistes, el mundo no está tan mal.

—Está bien —dijo él—, mientras estés aquí.

—Así está mejor —dijo—, domínate. —Bajó la ventanilla a toda prisa para que entrara el aire, le tomó del brazo y dijo, en tono dulce y asustado—: Hablabas en broma, ¿no?, cuando dijiste eso de los médicos, no era cierto, ¿verdad?

—No —replicó Hale, fatigado—, no era verdad.

—Así me gusta —dijo Ida—. Por un momento me habías asustado. Menudo papelón si te mueres en este taxi. Como para que Tom lo leyese en el periódico. Pero en eso los hombres son raros conmigo. Siempre intentan fingir que algo no va bien, problemas de dinero, o la mujer, o el corazón. No eres el primero que me dice que se está muriendo. Aunque nunca es nada infeccioso. Quieren aprovechar al máximo sus últimas horas y todo eso. Supongo que tiene que ver con que sea tan corpulenta. Creen que seré maternal con ellos. No digo que no colara la primera vez.

«Los médicos me han dado un mes de vida», me dijo... Fue hace cinco años. Ahora lo veo a menudo en Henekey's. «Hola, espectro», le digo siempre, y él me invita a ostras y a una Guinness.

—No, no estoy enfermo —dijo Hale—, no te asustes.

No iba a dejar que su orgullo se rebajase tanto otra vez, ni siquiera a cambio de aquel abrazo relajado y natural. Dejaron atrás el Grand, al viejo estadista dormitando al sol, el Metropole.

—Ya hemos llegado —dijo Hale—. Te quedarás conmigo, aunque no esté enfermo, ¿verdad?

—Pues claro —dijo Ida, hipando levemente al apearse del coche—. Me gustas, Fred. Me caíste bien desde el momento en que te vi. Eres un buen tipo. ¿Qué hace ahí esa gente? —preguntó con alegre curiosidad, señalando a un grupo de pantalones pulcros y elegantones, blusas coloridas, brazos desnudos y pelos oxigenados y perfumados.

—Con cada reloj —gritaba un hombre en el centro de todos— recibirán un obsequio gratuito valorado en veinte veces su precio. Solo un chelín, damas y caballeros, solo un chelín. Con cada reloj...

—Cómprame un reloj, Fred —dijo Ida, empujándolo con delicadeza—, y dame tres peniques antes de ir. Quiero adecentarme un poco.

Se quedaron en la acera a la entrada del muelle del Palace; había mucha gente a su alrededor, entrando y saliendo por los torniquetes, observando al vendedor ambulante; el Morris no se veía por ninguna parte.

—No necesitas ir a adecentarte, Ida —le dijo, implorante, Hale—. Estás bien así.

—Tengo que ir —dijo ella—, estoy toda sudada. Tú espera aquí. Serán solo dos minutos.

—Ahí no podrás lavarte bien —insistió Hale—. Ven a un hotel y toma una copa.

—No puedo esperar, Fred. De verdad que no. Sé buen chico. Hale dijo:

—Los diez chelines. Más vale que te los dé antes de que se me olvide.

—Eres muy bueno, Fred. ¿Puedes permitírtelo?

—Date prisa, Ida —dijo Hale—. Estaré aquí. Aquí mismo. Al lado de este torniquete. No tardarás, ¿verdad? Estaré aquí —repetió, apoyando la mano en el torniquete.

—Caramba —dijo Ida—, cualquiera pensaría que estás enamorado.

Y se llevó con ternura su imagen en la memoria mientras bajaba las escaleras del lavabo de señoras: el hombrecillo ajado con las uñas mordidas (no se le escapaba detalle) y las manchas de tinta y la mano apoyada en el torniquete. Es un buen tipo, se dijo, me gustó su aspecto en el bar, y eso que me estaba burlando de él, y empezó a cantar de nuevo, esta vez en voz baja, con su voz cálida y aguardentosa: «Una noche, en un callejón, lord Rothschild me dijo...». Hacía mucho que no se apresuraba por un hombre, y apenas pasaron cuatro minutos antes de que, limpia, empolvada y serena, saliera a la tarde luminosa de Pentecostés y descubriese que se había ido. No estaba al lado del torniquete, ni entre la multitud al lado del vendedor ambulante. Se metió entre la gente para asegurarse y acabó delante del vendedor acalorado y permanentemente enfadado.

—¿Cómo? ¿Es que no van a pagar un chelín por un reloj a cambio de un obsequio que vale veinte veces más? No digo que el reloj valga más de un chelín, aunque lo vale solo por su aspecto, pero con él recibirán gratis un obsequio veinte veces más...

Le dio el billete de diez chelines y cogió el paquetito y el cambio, pensando: «Probablemente haya ido al lavabo de caballeros; volverá»; fue al lado del torniquete y abrió el sobre que envolvía el reloj. «*Black Boy* —leyó— en la carrera de las cuatro en punto de Brighton», y pensó con orgullo y ternura: «Ese fue su pronóstico. Es un tipo enterado», y se preparó, feliz y paciente, a esperar su regreso. No se rendía fácilmente. Un reloj en la ciudad dio la una y media.